

UNA COLECCIÓN TEMÁTICA. ARTÍCULOS GALDOSIANOS DE R. PÉREZ DE AYALA

Cecilio Alonso
UNED Valencia

Javier Serrano Alonso ha compuesto un libro insospechado de Pérez de Ayala sobre Galdós salvando los textos originales de la dispersión periodística y otorgando al conjunto carta de naturaleza y título inquisitorial, tomado de una conferencia pronunciada por el novelista asturiano al filo de 1930¹.

El libro se estructura en dos partes bajo dos epígrafes consiguientes: «La fe galdosiana de Pérez de Ayala» y «Auto de fe con Galdós. Ensayos galdosianos». El primero lo firma íntegramente Javier Serrano Alonso y contiene las pruebas documentales, analíticas y críticas que configuran la amistad entre ambos escritores en vida y la fidelidad de Pérez de Ayala a la memoria de su admirado amigo después de su muerte. El segundo da título general al volumen cuya autoría corresponde a Pérez de Ayala y contiene cuarenta ensayos de diversa extensión y calado, cuidadosamente anotados por el editor, especie de empaquetamiento a que el escritor asturiano somete la obra de Galdós desde diversas perspectivas. Se reconstruye de este modo un libro que, como ocurre con la producción en periódicos o en conferencias, nunca llegó a cobrar cuerpo propio.

¹ Ramón Pérez de Ayala, *Auto de fe con Galdós. Ensayos galdosianos, con el epistolario entre los autores*. Edición, introducción y notas de Javier Serrano Alonso. Zaragoza, P.U.Z., 2022.

Se trata de una colección temática pero no concebida como muestra antológica sino con la voluntad de exhaustividad que concede una labor de largo tiempo escudriñando en hemerotecas con paciencia benedictina y criterio de consumado investigador, para ofrecer en olor de totalidad los escritos de asunto galdosiano publicados por Pérez de Ayala. En el libro se reúnen artículos ya conocidos junto a otros nunca recogidos en libro o ignorados en la bibliografía ayaliana², junto al epistolario revisado y aumentado entre ambos escritores y otros manuscritos procedentes de su archivo depositados en la Biblioteca de Asturias, en Oviedo. Como advierte el editor en los primeros párrafos de su presentación, todos estos escritos se dan a la luz mediante transcripción de los documentos originales, desestimando cualquier lectura anterior pero cotejando con ellas las versiones resultantes para comprobar alteraciones y supresiones, tratamiento que igualmente aplica a la edición de los manuscritos.

Nos hallamos, pues, ante un libro de doble lectura: la testimonial primaria correspondiente a los ensayos periodísticos de Pérez de Ayala junto al resto de los documentos que se rescatan y la histórico-crítica del editor actual, que admite lectura independiente como estudio contextual que asume y trasciende su objeto por el rigor de los procedimientos utilizados.

Salvando la objetividad crítica de dicho estudio, ambas partes se sostienen sobre la firme presencia del yo. Por un lado, el yo crítico de Javier Serrano, intrépido y riguroso que, en 2022, ofrece el resultado de una indagación que ilumina fruitivamente zonas oscuras del objeto, movido por su propio placer de reconstruir la trama de relaciones entre dos universos personales seductores, deshaciendo, al servicio de nada, sin otro prejuicio que el de su curiosidad insaciable, interpretaciones erróneas y estableciendo sólidamente el marco en que se presentan y explican las impresiones subjetivas y aleatorias del yo azaroso que, por otro lado, el ensayista Pérez de Ayala fue desgranando sin plan fijo a lo

² Los textos ayalianos proceden de la *La Mañana*, semanario *Europa*, *Heraldo de Madrid*, *El País*, semanario *España*, semanario *Nuevo Mundo*, *El Imparcial*, *El Sol*, *La Prensa* (Buenos Aires), *La Correspondencia de España*, *El Liberal* (Bilbao), *La Prensa* (Gijón) y *El Eco de Santiago* (Santiago de Compostela). Después de la guerra civil, en el exilio, ensayos galdosianos siguen apareciendo en medios bonarenses (*La Prensa e Hispania. Boletín de la Asociación Patriótica Española*). Tras la repatriación del autor su último texto recogido procede de *ABC*.

largo de su vida a instancias de su amistosa veneración por don Benito Pérez Galdós. Este es un libro concebido desde la admiración primaria -virtud escasa entre colegas en el ámbito de las letras- que, no obstante, ha sido y sigue siendo motor de innumerables pasiones altruistas entre los lectores. En este caso, admiración por partida doble y con distintas motivaciones, en tiempos diversos: la de Pérez de Ayala hacia Galdós y la de Javier Serrano hacia ambos, que podría sorprender si no conociéramos el precedente de los largos años de entrega de este último a documentar la vida y obra de Valle-Inclán. Ahora Javier Serrano cambia de registro y nos sumerge en otras devociones.

Cuando Pérez de Ayala llegó a Madrid en 1902 para cursar el doctorado en la Universidad Central, Galdós ya era un escritor mitificado, proceso que -como es sabido- se inició a partir de los sonados homenajes que se le rindieron en 1883. Pero desde 1898 estaba apartadizo, aplicado a componer las nuevas series de *Episodios* a razón de tres o cuatro por año cuando le llegó el controvertido baño de multitudes de *Electra*, ampliamente refrendado por la juventud intelectual y los regeneracionistas, pese a las palinodias tardías de algunos -como Pío Baroja- que quisieron establecer distancias borrando el rastro delator de palabras, presuntamente sinceras en el momento de ser emitidas, que antaño habían dejado en la prensa. En la primavera de 1901 las declaraciones de D. Benito a la revista vienesa *Neue Freie Presse* reforzaron su influencia favorablemente selectiva sobre la opinión progresista.

Por su parte, el joven asturiano, treinta siete años menor que el ya maduro canario, disponía del sólido bagaje krausista adquirido en Oviedo, un profundo conocimiento del pensamiento y de la literatura grecolatina y de un idealismo a toda prueba en el desgarrado contexto, entre neorromántico y naturalista, del Madrid de «la mala vida» y los trascendentes debates del Ateneo en torno a la regeneración nacional. Inicialmente no parece que Galdós contara entre sus devociones inmediatas -«empecé a leer a Galdós con prejuicio en contra suya» (p. XXXIV)- distraído como estaba en participar en empresas iniciáticas dentro de la incruenta guerra por el modernismo en la literatura y la cultura hispanas. En un primer momento desdeñaba lo establecido, pero no hizo blanco público de sus dardos a Galdós ni a Ortega Munilla -en los que pronto buscó más bien apoyo- sino a Picón y a Bonilla Sanmartín buscando polémica.

Sus aproximaciones y contactos probados con el «venerado» don Benito no se iniciaron hasta 1903, bien fuera en casa del escultor Agustín Querol -como él recordaba (p. 21)- o en el otoño, en un banquete-homenaje a Gómez Carrillo en el restaurante Buenavista de la calle Alcalá (p. XXXV), cuando la efervescencia política radical estaba en su punto mayor tras el éxito electoral de la UR. Desde 1905 se personalizó la relación cuando Galdós accedió a respaldar la iniciativa blasquiana del semanario *La República de las letras* (1905). En diciembre de 1907 publicó su primer artículo implicando a Galdós epistolarmente, en el recién nacido diario radical *La Mañana* -dirigido por Manuel Bueno- (pp. 2-6). Antes, en 1906, había enviado a *El Imparcial* un texto sobre *Prim*, último episodio de la cuarta serie, editado en noviembre de aquel año. Esta reseña no llegó a publicarse por irregularidades internas en la programación del diario, según le comunicó Luis Bello, responsable de «Los Lunes de *El Imparcial*». Desde entonces se activaron las cartas en creciente confianza entre ambos (pp. 301-328), lo que choca con su recuerdo muy posterior, en conversación de 1955 en *ABC* con González-Ruano (p. XCVI), de que la amistad se iniciara con su comentario sobre *Casandra* (marzo de 1910) publicado en el orteguiano dominical *Europa. Revista de cultura popular*, también bajo dirección de Luis Bello (pp. 7-14), donde -según Mainer-se revalidaba a Galdós en el mapa de la moral cívica española³. Por aquellas fechas Galdós estaba a punto de renovar su escaño parlamentario por la Conjunción republicano-socialista y *Plotino Cuevas*, autor apenas velado de *Tinieblas en las cumbres* (1907), ya estaba escribiendo *A.M.D.G.*. Como advierte Javier Serrano (p. 49, n.) Ayala incurría en autocitas mutantes cuando aludía en el semanario *España* (9-4-1915) a instantes precisos de su trayectoria intelectual (pp 9-10 y 47-49 de este libro), que son recurrentes en el caso de *Casandra* como motivo de su primer estudio crítico sobre el teatro galdosiano, rehecho en *Troteras y danzaderas* (1913) y muy persistente en su memoria hasta sus últimos años. Lo confirma un texto muy posterior de *ABC* sobre la imaginación creadora como principio

³ J.-C. Mainer, «Europa 1910. Síntomas de una crisis», *La discours de la presse*, Rennes, P.I.L.A.R. - 2, 1989, p 99. «Todos los temas de las obras de Galdós están constituidos por conflictos de orden moral», confirmaba Ayala en uno de los manuscritos de aquellos años exhumados por Javier Serrano en este libro (p. 31).

vital de la autonomía de los personajes literarios, donde reelabora su argumentación y vuelve de refilón sobre el asunto de *Cassandra* para reivindicar con orgullo la prioridad de su pensamiento respecto a Unamuno y a Pirandello⁴. En sustancia, Pérez de Ayala en aquel asendereado comentario de 1910, tras los consabidos pescozones a la miopía de los críticos, distinguía tres modelos de producción literaria al uso: el subjetivo, insinuante e interiorizado que se alejaba de la «realidad externa» (*Azorín*); el intuitivo, que se quedaba en lo periférico y superficial de las cosas (Blasco Ibáñez), y el parcial, tendencioso y sectario (Dicenta). Pero por encima de aquellos modelos normales estaban los geniales o anormales que atribuía a Shakespeare y a Galdós: «En el alma del creador de genio muévense con igual desembarazo las criaturas malas y las buenas, obedeciendo a la ley de su desarrollo lógico, no a una tiranía externa y caprichosa; de manera que entre todas componen una armonía natural y profunda. Hijas son todas del mismo padre, el cual, así, como ajenado de su conducta una vez que las formó, permanece con un noble gesto de serena eternidad.». Se comprende que don Benito quedara muy complacido y que desde entonces lo tuviera en la mayor consideración.

A diferencia de otros escritores de su tiempo -*Clarín* quizás el ejemplo más notorio-, Galdós no había sido muy amigo de recoger y seleccionar artículos de prensa para componer libros que revalorizaran sus trabajos más efímeros. El volumen de *La sombra.- Celín.- Tropiquillos.- Tberos* (La Guirnalda, 1890) aparecidos originariamente en *Revista de España* y en *Arte y Letras* o las crónicas de viaje procedentes de sus colaboraciones en *La Prensa* de Buenos Aires (*La Casa de Shakespeare. Portugal.- De vuelta de Italia*), publicadas por el barcelonés Antonio López a fines de siglo en su minúscula Colec-

⁴ «...Cuando un autor, dotado de imaginación, crea o imagina -tanto monta- un personaje, este entre ideal toma al punto esencia y existencia; o sea, que vive en sí, por sí y según su ley, ni menos ni más que un ente real, con perfecta autonomía e independencia, de suerte que el deseo o la voluntad obstinada del autor, su procreante, carecen ya de potestad para modificarlo; en todo momento el autor, ante su personaje, lo echa de ver libre y enfrentado. Esto escribí en mi primer ensayo de crítica teatral acerca de Galdós; y luego en mi novela *Troteras y danzaderas*; y lo repitió luego Unamuno en su novela *Niebla*. Y luego Pirandello lo reconoció refiriéndose a mí *nominatim*...» («Arte y Ciencia. Imaginación creativa», *ABC* 14-7-1957).

ción Diamante (núm. 51) fueron algunas excepciones. Antologías temáticas, en gran medida procedentes de la prensa, fueron las recopilaciones post-mortem de artículos desde las caprichosas *Obras inéditas* publicadas por Alberto Ghirardo (Renacimiento 1923-1928) hasta el volumen dedicado a la madrileñización de Galdós por José Pérez Vidal (Afrodisio Aguado, 1957) sin contar las rigurosas colecciones monográficas de determinados periódicos en los que colaboró, como la de Leo J. Hoar sobre la *Revista del movimiento intelectual de Europa* (Ínsula, 1968) y muy recientemente el magnífico trabajo de Dolores Troncoso sobre *La Prensa* de Buenos Aires que enmienda y completa críticamente las carencias de versiones anteriores (Ghirardo y Shoemaker). Pero una cosa es recoger artículos de Galdós y otra la esforzada tarea de buscarlos y examinarlos como objeto temático con el fin de valorar el índice de fidelidad en una relación entre escritores en ejercicio, aunque apenas fueran quince años de amistad material en vida de Galdós, si bien a estos se sumaron más de cuarenta de supervivencia para para cultivar su memoria pública por parte del admirador, documentados en este el libro que comentamos hasta finales de los años 1950.

En líneas generales el libro resultante de Ayala sobre Galdós se compone de motivaciones diversas en torno al permanente debate sobre las limitaciones de la vida intelectual española como fondo, al teatro galdosiano tanto en reseñas directas como en la revisión general de su pensamiento dramático (*Las máscaras*), sobre las aspiraciones del novelista al premio Nobel, la posteridad de Galdós, monumentos, homenajes, promesas pendientes: la publicación del epistolario que Galdós había puesto en sus manos y el censo de los personajes de sus obras, que tanto deseaba Galdós, finalmente firmado por Sáiz de Robles en el tomo VI de las *Obras Completas* del novelista en la edición de Manuel Aguilar.

El corpus galdosiano configurado en este volumen se abre con el citado texto de 1910 en *La Mañana* («De un literato joven a un literato viejo») donde el autor recurre a la estrategia epistolar de tomar a un acreditado destinatario como pretexto ventajoso para explicar sus puntos de vista sobre los distintos modelos de moralidad parlamentaria aunque al final, como bien apostilla en nota Serrano Alonso, «no queda muy claro [...] si el escritor asturiano lo publica para apoyar al veterano novelista, o todo lo contrario.» Aunque esta

duplicidad de intenciones antitéticas -incensar a Galdós y repartir reticencias más o menos justificadas contra carencias o defectos de otros colegas- se hace patente en algún otro de sus primeros artículos, como en el dedicado al episodio *Amadeo I*, en *Heraldo de Madrid*, donde lo de menos era reseñar el nuevo libro y lo de más el salvar a Galdós de la imputación de pereza que Maeztu había achacado en general a los intelectuales españoles en una conferencia pronunciada en el Ateneo. Este artículo dio lugar a un pequeño brote polémico con el previsible desmentido del vitoriano que aseguraba haber excluido a don Benito de las imputaciones que reafirmaba contra la tendencia general de los intelectuales españoles comparados con la laboriosidad de los británicos. Es mérito del editor el haber contextualizado tan diestramente la circunstancias de este -digamos- paso en falso ayaliano, al tiempo que le enmienda un par de lujosas citas sobre Heine y Addison (pp. 14 y 18) que no son de las que vienen a la mano del investigador dócilmente. En sus notas Javier Serrano corrige citas, verifica intrincadas referencias en la prensa, constata datos nimios, deshace confusiones biográficas, comprueba la exactitud de los resúmenes o transcripciones que Ayala hacía de opiniones ajenas y la literalidad de algunas traducciones fragmentarias concluyendo, en este último caso, que la creatividad con que procedía a traducir los textos que mencionaba «dificulta normalmente la localización de tales referencias» en la fuente original (p. 18, n.). En el comentario que dedica al siguiente episodio -*La primera República*- tras un largo exordio donde trazaba la semblanza de un Galdós en cuya serenidad facial veía «una vislumbre del universo vastísimo que alberga bajo su cráneo», pasaba a examinar a grandes rasgos la obra -entre citas de memoria que alteraban la literalidad del texto galdosiano, repuesto por el editor en nota- deslizando retazos del tipo de crítica impresionista que ya había practicado alguna vez en *El País* a su llegada a Madrid, diez años atrás: «Miremos a doña Floriana, divina mujer que encarna el espíritu pedagógico ideal aplicado a España. [...] Veámosla vestida de blanco, como Beatriz, a la griega y con ropaje netamente escultórico...».(p. 24).

Para muestra basta un botón. Sería extremadamente prolijo el detenernos aquí en glosar la multidireccional variedad de notas que encierra la edición de estos ensayos. Por ello, me limitaré a enunciar la mínima tipología que se deriva de este variopinto ramillete de textos

ayalianos, donde alternan textos breves procedentes de la prensa diaria con otros más reflexivos, publicados en revistas, expuestos en conferencias o, incluso -como antes dije-, algunos borradores manuscritos conservados en el archivo de Pérez de Ayala.

El asunto prioritario de dichos textos publicados en vida de Galdós son los comentarios teatrales. Los ensayos periodísticos dignos de tal nombre se inician con el ya mencionado sobre *Casandra*, y siguen a propósito de la reposición de *Los Condenados* en el teatro Español en abril de 1915 (semanario *España*, 9-4-1915, p. 47, continuado dos semanas más tarde en *Nuevo Mundo*, pp. 52-57). En el primero, tras fulminar al criterio conservador que trataba de «explicar la conducta ajena por los móviles más bajos», aludía de nuevo a *Casandra* reincidiendo en el asunto de la autonomía de los personajes con brillantes imágenes marineras y reelaborando ensayísticamente el concepto desarrollado como diálogo en *Troteras y danzaderas*, en una autocita creativa, inteligentemente glosada por el editor. Las colaboraciones de Ayala en *España* y en *El Imparcial* sobre la dramaturgia galdosiana marcan un mayor nivel de atención al hilo de sus siguientes estrenos, en la serie de «artículojos» que ya bajo el marbete de «Las máscaras» escribía con la finalidad de contribuir a que el teatro se orientara «en un sentido de mayor seriedad»: *Sor Simona* obra a la que dedica dos extensos artículos (pp. 61 y 73), registrando la discrepancia de interpretaciones, la vieja incompatibilidad de Galdós con el «mundillo teatral» -crítica y cómicos- y la brillante interpretación final de que en *Sor Simona* se funden «en una atmósfera trascendental y celeste» el humano instinto de Brunilda y la humana racionalidad de Palas Atenea. Sus apostillas a *La razón de la sinrazón* (p. 79) van enmarcadas en curvilíneos asedios filosóficos a la aprehensión de la verdad a través del arte. Su comentario a *El tacaño Salomón* (85) contiene una patética sublimación del Galdós anciano y ciego, cuyo destino era trabajar hasta la muerte, más que «hostigado por ruines apremios económicos» respondiendo al «divino destino», al «trabajo universal e incesante, sin plan ni fin patente, que es la única forma sensible en que Dios se nos aparece.» (p. 88). De *La loca de la casa* (p. 95) se ocupó en una conferencia en la Sociedad «El Sitio» de Bilbao en 1916, dejando un sutil diagnóstico sobre el liberalismo económico y la tiranía del dinero: «En *La loca de la casa* -escribe Ayala- se nos muestra destacado el aspecto económi-

co del liberalismo. Todo sabéis que el liberalismo además de ser una manera de enfocar la vida en un sentido complejo y tolerante, o una modalidad de los espíritus, o una propensión sentimental, es una doctrina económica y política. ¿Será ligereza afirmar que el apetito y la concupiscencia económica es el germen primero de toda especie de liberalismo?». (p. 111). Por último, su reseña de *Santa Juana de Castilla* (p. 131), publicada en *El Sol* (9-5-1918), dio lugar a la fabulación de un desgarrado cuento histórico reivindicativo de la infortunada reina de cuyos últimos días en cautiverio Galdós había extraído la «quintaesencia dramática; emoción desnuda, purísima, acendrada, en que se abrazan la emoción singular de cada una de las pasiones, pero ya purgadas de turbulencia, y en su máxima serenidad.»

Entre los restantes textos ayalianos publicados en vida de don Benito, aparte una formularia contribución colectiva a la petición del Nobel en 1913 (p. 27), hay que resaltar el dedicado al segundo aniversario de la muerte de D. Francisco Giner (*El Imparcial*, 20-3-1917) asociado a la memoria de Joaquín Costa e identificados ambos con Galdós «los tres últimos heterodoxos» los nombrará con devoción años más tarde (p. 171)- en «una misma idea, una misma sensibilidad, un mismo dolor y una misma desesperanza, bajo formas diversas», cercados por un medio que los lastimaba y ante el que reaccionaron con «ademanos distintos». Lo que en el primero era «resignada serenidad», en Costa era «vehemencia e iracundia» y en Galdós «amargo humorismo». Tres españoles históricos del último tercio del XIX «cíclopes para el trabajo enderezado para el bien general y lustre de España», sin alardes pseudopatrióticos.

Muerto Galdós, la contribución de Pérez de Ayala a su memoria arroja dieciséis ensayos hasta 1930, seguidos de nueve años de silencio (años de su entrega a la diplomacia republicana) hasta que, terminada la guerra, volvió a evocarlo en el diario *La Prensa* de Buenos Aires (1939), dedicándole a partir de entonces únicamente cinco textos en el exilio y el último, en *ABC* (1954), tras su retorno. Algunos de ellos merecen atención muy especial del editor en el plano ecdótico al haber sido reescritos por su autor aprovechándolos para cumplir otros compromisos, retocando y reorientando sus contenidos posteriormente. Valga como ejemplo «Letanía galdosiana», ensayo para una conferencia en Bilbao, cuya primera versión en *La Prensa* (25-2-1923) tuvo su réplica en sendos artículos aparecidos

en *El Sol* (21 y 23-12-1923) bajo el título común de «La irreligiosidad de los españoles» donde, en opinión del ensayista, la emoción religiosa -como «sensación de presencia (de la muerte) y sentido de reverencia (hacia los valores fundamentales de la vida)»- gravita sobre la obra de Galdós y se proyecta sobre la de los noventayochistas:

«El sentido de reverencia ante la vida (superación de la literatura amena) y la conciencia ética de España frente a la humanidad (como conocimiento de sí propio y como deber), que representan ante todo los del 98, son herencias galdosianas y en nuestra literatura aparecen por primera vez con Galdós.» (p. 166).

No obstante, para Pérez de Ayala el eje de revolución permanente de la cultura occidental no era la idea religiosa sostenida en la magia, sino la apoyada en otros dos polos: «la ciencia y el arte, señaladamente el literario». La aparición en París del primer libro de Jean Sarrailh, la antología *Prosateurs espagnols contemporains*, (Delagrave, 1927) le da pie a dos «apostillas» críticas publicadas en *El Liberal* (Bilbao, 13 y 17-6-1928) para debatir las cuestión de las jerarquías literarias en un terreno que le tocaba muy de cerca, puesto que él también iba incluido en la selección. Asunto canónico, por tanto, que trataba de patentizar el progreso intelectual y artístico operado en la cultura literaria española durante los cincuenta años precedentes, donde Galdós ocupaba, junto con *Clarín*, Pereda y Alarcón, lugar preeminente. Ayala metódicamente trata de disimular su satisfacción personal bajo algunas discrepancias, más apasionadas cuando se trata de Galdós, para disipar los temores del antólogo sobre la persistencia de la fama póstuma del novelista:

«Cualquier libro de Galdós, el más endeble, bastaría para asegurarle la perpetuidad del renombre, al modo de la vértebra única de un organismo ciclópeo, que hubiera desaparecido, disuelto en polvo voladero, sin dejar de sí nada más que aquel hueso revelador. Lo que perjudica, estorba y casi impide el conocimiento de Galdós es su magnitud formidable. Aterra. Es una montaña (y en esto, al solo escritor de todos los tiempos a quien se asemeja y con quien se parangona es

Víctor Hugo). En él hay de todo, incluso «vulgaridad», como indica el señor Sarrailh, apoyándose en un juicio ocasional de Clarín. Hay en él vulgaridad, como en Shakespeare, como en todo escritor máximo, porque hay asimismo sublimidad.

En Galdós está ya todo el futuro inmediato hasta este momento de la literatura española; unas veces en germen, otras con plenitud insuperable...» (p. 184)

Durante los años 1920, en las crónicas para el diario boanerense, aparecen homenajes y sublimaciones dirigidas a un público distante, pero hay también valiosas precisiones sobre la sustancia romántica de la visión política de Galdós quien, pese al romanticismo vital que se le atribuye, constata con serena objetividad en sus *Episodios* las vicisitudes de aquella época vista como una «pugna frustrada hacia la libertad» con el decepcionante corolario de la evaporación completa de las esencias liberales en España (pp. 139-140). El comentario que Ayala dedica al libro de Fernández Almagro sobre los orígenes del constitucionalismo español, le permitió intuir, en 1929, la inminencia de un nuevo episodio de la permanente confrontación española de dos ideas-fuerza: la de la tradición y la de las teorías constitucionalistas: «Desde 1812 -apostilla el ensayista ante sus lectores argentinos, en aquellas vísperas republicanas- los españoles vienen hablando de estas mismas cosas, sin haberse decidido todavía por lo uno ni lo otro. Y ahora se habla de ello con más intensidad que nunca; con tanta, cuando menos como en las Cortes de Cádiz. Por eso he sostenido que desde 1812 estamos en España en periodo constituyente» («Galdós en Cádiz» pp. 194-195). En la continuación de este artículo replantea el «problema del liberalismo» en relación con la esencial idiosincrasia del pueblo español a través de la actitud romántica de Lord Gray, deslumbrado por el estado natural de las clases populares que descubre en España a partir de modelos de la tradición literaria cultivando la típica oposición del realismo romántico-costumbrista entre lo viejo y lo nuevo. El liberalismo teórico que -en apreciación notoriamente idealista de Ayala- se atribuía la fórmula superadora de lo viejo, trocando los vicios sociales «en virtudes sociales, dándoles el debido empleo y libertad de acción», bien pudiera ser «una especie de conversión de la deuda que tenemos con la cultura universal» otorgándole a España una Constitución

política que ajuste a la medida con la constitución temperamental del pueblo» (p. 200).

Particular atención merece la serie de cuatro artículos aparecidos en *La Prensa*, entre 17 de noviembre de 1929 y 5 de enero de 1930 que, bajo el marbete «Un auto de fe con Galdós», dan título, tan atinadamente escogido, a estos ensayos. Los tres primeros -nos informa Javier Serrano- proceden de una conferencia pronunciada en el Teatro Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria en agosto de 1929, cuya versión manuscrita con el título de «Galdós y la tolerancia», se conserva en la Biblioteca de Asturias. Al enviar el original a Buenos Aires, Ayala prescindió de las nueve primeras hojas de dicho manuscrito, quizás porque en ellas repetía algún argumento ya expuesto en el mismo periódico sobre el sentimiento «de lo divino y eterno» en Galdós. Su editor actual transcribe, explica y repone entre corchetes la omisión de un preámbulo que hubiera aminorado en el primer texto de *La Prensa* el efecto de choque de su referencia inicial al esperpéntico «auto de fe galdosiano», perpetrado en Villarrín de Campos (Zamora) donde se quemaron *Los Episodios Nacionales* en 1929 a iniciativa del cura y del alcalde «por las ideas avanzadas y antirreligiosas» de su autor». Ayala apela inevitablemente al escrutinio quijotesco del cura y el barbero salvando al menos que aquel cura era lo bastante leído para distinguir entre libros malos y buenos, indultando del fuego «a los que ostentaban algún mérito literario». Pero lo chocante de la hazaña del cura y el alcalde zamoranos es que fuera vitoreada por periódicos católicos -*El Siglo Futuro* o *La Independencia* de Almería- como merecedora de un honroso nombramiento de familiares del Santo Oficio. ¡Qué admirables pesquisas las del editor para proporcionarnos estos y otros dispersos tesoros de hemeroteca! Para aviso de intolerantes indocumentados Ayala recurría a San Basilio el Magno (s. IV) autor de la *Homilia sobre la lectura de los autores profanos* que «sirvió para valorar, y no anatematizar a los autores paganos», como nos informa Javier Serrano Alonso, precisando el discurso del ensayista galdosiano. Este acaba pergeñando una extensa divagación comparando la adecuación de la moral a la naturaleza en la antigüedad clásica con la represiva del cristianismo que proponía el renunciamiento al deseo inherente a la vida, mortificando el cuerpo y la psique para enaltecer el deseo esencial, atributo del espíritu: el deseo de inmortalidad (pp. 219-220). Ayala suprimió

las cuatro últimas hojas finales de su discurso en Las Palmas -cuyo texto también se repone entre corchetes- y trasladó la idea dominante sobre la tolerancia de Galdós al cuarto artículo de la serie, disolviéndola en exégesis paulinas sobre el «hombre nuevo, el hombre espiritual» y exaltaciones del espíritu tolerante de San Basilio hacia las literaturas gentiles:

«Sobre la utilidad que los jóvenes pueden extraer de la lectura de los autores gentiles. Así se intitula la homilía de San Basilio. No se trata, pues, de autores cristianos, que se hubieran circunscrito a fantasear asuntos profanos o inocentes, aunque no devotos, materias de divertimento y solaz, por vía imaginativa y meramente literaria, como debiera haber sido el caso de Galdós para el cura zamorano, sino de unos hombres pertenecientes a una religión falsa e idolátrica, cuyo enaltecimiento y panegírico resplandece de continuo en sus obras» (p. 224).

Ya dijimos que las desviaciones apasionadas del asunto central fueron práctica frecuente del método de Pérez de Ayala en algunos de estos ensayos.

La conveniencia de elaborar el censo de personajes galdosianos, la falta de una biografía de Galdós junto a una colección de su correspondencia epistolar son motivos preferentes de los artículos publicados en el exilio, parte de los cuales encontraron segunda acogida con variantes a partir de 1948 en *ABC*, donde colaboró hasta sus últimos años. Entre los que pudieron leerse en España destaca un ensayo crítico sobre *La incógnita y Realidad* donde tangencialmente compara las primorosas cartas de *Pepita Jiménez* con el desmaño de las de *La incógnita* que, sin embargo, le producían «una especie de magnética certidumbre de hallarse en presencia de una rara magnitud y energía potencial» (p. 248).

Precisamente cierra el volumen como su más eficaz complemento, la colección de las cartas cruzadas entre Galdós y Pérez de Ayala, transcritas y prolijamente documentadas, en cuya recopilación el profesor Javier Serrano Alonso recuerda la colaboración de la profesora Amparo de Juan Bolufer, compañera vocacional durante muchos años de pesquisas valleinclinianas. (p. 281 n.). El epistolario se divide en dos secciones que contienen por separado las misivas de

ambos corresponsales entre 1905 y 1918, precedidas de unos índices donde se hace constar circunstancias diversas de datación, características físicas de cada documento y recorrido textual de las sucesivas transcripciones, que supone la revisión de anteriores ediciones de José Schraibman, Sebastián de la Nuez y Salvadora Luján en el caso de las 37 cartas firmadas por Pérez de Ayala -de ellas nueve inéditas-, y de Soledad Ortega, Pedro Ortiz Armengol y Alan E. Smith -con M^a Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask- en el caso de las 19 firmadas por Pérez Galdós. Aparte se relacionan una decena de documentos epistolares perdidos de ambos escritores.

En su ensayo introductorio, se pregunta el editor -cediendo irónicamente a un impulso retórico- si esta obra era necesaria. No cabe la menor duda de que lo era, no por la demanda perentoria que se le pudiera suponer en el ámbito académico sino por la necesidad de proponer un método de trabajo modélico que concilia la amenidad con el rigor, y que es consecuencia del impulso investigador que también tiene su componente creativo. Las razones se explayan a lo largo de este extraordinario trabajo, evidencia de otro inestimable fruto de la investigación histórica y del fino espíritu crítico que aún alienta entre nosotros.

El conjunto de estos artículos muestra el variado repertorio de formas periodísticas a las que se acoge Pérez de Ayala, desde la ilusión dialogante de la carta abierta para fustigar los hábitos parlamentarios en el texto inaugural, hasta los densos ensayos cargados de un vasto conocimiento de la cultura clásica. Por parte del editor, las diversas fuentes a que ha debido acudir le han exigido un sostenido esfuerzo ecdótico y documental, expresado a través de un cuidadoso relato de intenso sabor biográfico, lleno de sugerencias, comentarios y -no importa repetir- precisos recursos bibliográficos pendiente de los más mínimos detalles, que afectan a manuscritos, reimpressiones y verificación de textos para justificar las numerosas licencias de transcripción del autor. Una edición mucho más rica de lo que hemos podido sugerir en estas divagaciones, que me atrevo a terminar con una coletilla al estilo de las que suele utilizar -a modo de excusa- Ayala para cerrar algunos de sus ensayos galdosianos: mucho es lo que queda en el tintero sobre las cualidades de este libro a cuatro manos, pero no más de las que el lector interesado pueda descubrir y disfrutar por sí mismo.